

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

P. K. Feyerabend, *Contra el método*. Traducción de F. Hernán. Barcelona: Ariel, 1974, 207 pp.

Esta teoría psicológica equivale, en mi opinión, a aquella bien conocida en física, que explica la aurora boreal por el reflejo de los arenques.

LICHTENBERG: *Aforismos*

"Teoría anarquista del conocimiento" suena un tanto a *contradictio in adiecto*; empero, la locución pierde toda su carga *queer* apenas nos enteramos que proviene de Feyerabend, el más destacado cultor, a la sazón, del surrealismo epistemológico. No se piense, por ello, que Feyerabend es equiparable —*mutatis mutandis*— a Breton o Apollinaire; con todo, hay pasajes de la obra en comentario que un autor menor del género no desdenaría hacer suyos. Valga esta perla a guisa de ejemplo: "Podemos hacer que la ciencia pase, de ser una matrona inflexible y exigente, a ser una atractiva y condescendiente cortesana que intente anticiparse a cada deseo de su amante. Desde luego, es asunto nuestro elegir un dragón o una gatita como compañía" (pp. 136-137).

"Las teorías del conocimiento" —nos informa Feyerabend— "*evolucionan* igual que todo lo demás. Encontramos principios nuevos, abandonamos los viejos" (p. 163). Pero a veces nos encontramos con que "algunos principios viejos tienen apariencia de nuevos"; aquí la inspiración de Feyerabend, más que de fuente surrealista, tiene resonancias flaubertianas: recuérdese que Bouvard y Pécuchet descubrieron que "algunos cuerpos simples pueden, quizá, ser compuestos".

Pero, por lo visto, hasta un anarquista requiere de principios. Feyerabend no lo desmiente: a golpes de archimanidas citas de Mill, Hegel, Engels, Lenin, ... arma un *collage* que denomina "base filosófica". Pese al aburrido y artesanal engarce de textos, logra en una oscilación hacia el *kitsch*, efectos humorísticos rescatables: baste con decir que reproduce *in toto* el ejemplito de Engels sobre el grano de mostaza (pp. 37-38).

El andamiaje epistemológico erigido por Popper es el blanco favorito de Feyerabend; con el propósito de demolerlo extrae de su "base filosófica" variadas bombas de fabricación casera, cuyo efec-

to, en el mejor de los casos, iguala apenas el de un petardo. Veamos un ejemplo:

Es obligado que las hipótesis *ad hoc* se insinúen de vez en cuando, pero hay que oponerse a ellas y mantenerlas bajo control. Esta es la actitud habitual tal como se expresa, por ejemplo, en los escritos de K. R. Popper.

En oposición a éste, Lakatos, en lecciones, y ahora también en publicaciones, ha señalado que la *ad-hocidad* ni es despreciable ni está ausente del cuerpo de la ciencia. Las nuevas ideas, subraya Lakatos, son por lo común casi enteramente *ad hoc*, y no pueden ser de otra manera. Y se perfeccionan poco a poco, extendiéndolas gradualmente para aplicarlas a situaciones que estén más allá de su punto de partida.¹

Ad hoc accedit que Feyerabend no explicita cuál es el sentido preciso de “*ad hoc*”. Por el contrario, Popper sí lo hace:

Tenemos que aclarar en qué sentido empleo la expresión “independiente” y sus opuestas “*ad hoc*” y (en casos extremos) “circular”. [...] El tipo de circularidad que me preocupa es cuestión de grado. Tomemos el siguiente diálogo: “¿Por qué está hoy el mar encrespado?” —“Porque Neptuno está furioso.” —“¿En qué se basa usted para decir que está furioso?” —“Caramba, ¿no ve usted *qué* encrespado está el mar? ¿Acaso no se encuentra así cuando Neptuno está furioso?” Consideramos insatisfactoria esta explicación porque (como en el caso de las explicaciones plenamente circulares) el único elemento de juicio en pro del *explicans* es el propio *explicandum*. [...] Para que el *explicans* no sea *ad hoc* habrá de tener un contenido muy rico: habrá de tener una gran variedad de consecuencias contrastables, entre las que habrán de encontrarse, especialmente, algunas distintas del *explicandum*.²

Ahora es factible extraer las siguientes conjeturas:

- (i) Feyerabend parece emplear “*ad hoc*” en un sentido psicológico, *viz.*, quien formula una hipótesis lo hace llevado por prejuicios o con el fin de explicar ciertos fenómenos.
- (ii) De ser cierta (i), es un vulgar truismo que las ideas nuevas (y también las viejas) son enteramente *ad hoc*. Sin embargo,
- (iii) Las hipótesis, pese a haber sido formuladas *ad hoc* (en el sentido pickwickiano que Feyerabend le confiere a la locu-

¹ *Contra el método*, p. 87.

² Cfr. K. R. Popper, *Conocimiento objetivo* (Madrid: Tecnos, 1974), p. 181 (versión española de C. Solís Santos de la obra *Objective knowledge*).

ción), requieren de contrastaciones independientes, a menos que

- (iv) Feyerabend acepte como satisfactorias las explicaciones *ad hoc* (en sentido no pickwickiano, sino popperiano), en cuyo caso
- (v) Feyerabend propugna el retorno al “dios detrás del árbol”, la forma más pura del *ad-hocismo*, que obliga a parir una idea nueva para explicar cada fenómeno.

La conjetura (v) está avalada (parcialmente) por el propio Feyerabend:

Porque, ¿no es acaso posible que la ciencia, tal como la conocemos hoy (la ciencia del racionalismo crítico que ha sido liberada de todos los elementos inductivos), o una “búsqueda de la verdad” al estilo de la filosofía tradicional cree, en realidad, un monstruo? ¿No es acaso posible que cause daño al hombre, que haga de él un mecanismo miserable, hostil, convencido de que es mejor que los otros, un mecanismo sin encanto y sin humor? “¿No es posible”, pregunta Kierkegaard, “que mi actividad como observador objetivo [o crítico-racional] de la naturaleza debilite mi fuerza como ser humano?” Yo sospecho que la respuesta a todas estas preguntas debe ser afirmativa y creo por ello que se necesita urgentemente una forma de la ciencia que la haga más anarquista y más subjetiva (en el sentido de Kierkegaard).³

O al estilo de la Gran Academia de Lagado: los arbitristas chiflados no habrían vacilado en hacer de Feyerabend su epistemólogo oficial.

Quede claro que las afinidades “filosóficas” —o como quiera llamarseles— de Feyerabend con Kierkegaard, Pancho Sierra o Krishnamurti nos importan un ardite; en materia de gustos aceptamos el “todo vale” —único principio metológico al que adhiere Feyerabend: si nuestro autor halla fuente de inspiración en el más desenfadado irracionalismo, no es asunto que nos competa, bien que se nos antoje una aberración el proyectar sus preferencias viscerales hacia el campo epistemológico. “El científico”, dice Nelson Goodman, “puede usar construcciones platónicas de clases, números complejos, adivinación mediante examen de las entrañas o cualquier artificio que crea de utilidad para obtener los resultados que persigue. Pero lo que produzca deviene, entonces, materia prima para el filósofo, cuya tarea es dar sentido a todo esto: clarificar, simplificar, explicar, interpretar en términos inteligibles. El científico prác-

³ *Contra el método*, p. 110.

tico hace los negocios, pero el filósofo lleva la contabilidad.”⁴ Nos tememos que la contabilidad no resultaría muy escrupulosa si el tenedor de libros fuera Feyerabend.

Contra el método quiere ser un alegato en contra del racionalismo —metodológico o de cualquier índole. Vertebrado el alegato un argumento no muy original: el racionalismo debilita nuestras fuerzas *qua* seres humanos. Para retornar a la prístina felicidad, hemos de abandonar “el carrusel Carnap-Hempel-Popper” y acercarnos a las limpias fuentes donde abrevó su sana y vital filosofía el Dr. Goebels.

Los pruritos tremendistas de Feyerabend no asombran ya a nadie; *verumtamen*, este desdichado mazacote de citas y desvaríos —que no otra cosa es *Contra el método*— está allende todo elogio como pieza de bufonería filosófica.

ERNESTO H. BATTISTELLA

Risto Hilpinen (ed.), *Deontic Logic: Introductory and Systematic Readings*. Dordrecht-Holland: D. Reidel Publishing Company, 182 pp.

La palabra *deóntica* viene del griego *δεόντως* que puede traducirse como *debidamente*. Ernst Mally, discípulo de Alexius Meinong, fue el primer filósofo que utilizó la palabra *deóntica* como sustantivo para designar el estudio lógico de los conceptos normativos. Posteriormente, en 1950, C. D. Broad emplea la expresión *deontic sentences* siendo este autor quien sugiere el término a G. H. von Wright, según reconoce este último.

No fue sino hasta el año de 1951 cuando las palabras *lógica* y *deóntica* aparecen conjuntamente dando así nacimiento a una nueva rama de la lógica: la lógica de la obligación o lógica deóntica. Corresponde este mérito al filósofo finlandés G. H. von Wright, quien en su artículo “Deontic Logic” (*Mind*, Vol. LX, 1951) presenta el primer sistema viable de lógica deóntica.

El desarrollo de esta disciplina ha provocado un interés creciente por parte de aquellos estudiosos de los problemas de la filosofía, lógica y, muy particularmente, por quienes están interesados en los problemas de la ciencia normativa, sean estos juristas o teóricos de la moral. Desafortunadamente, la vasta literatura escrita sobre la

⁴ Cfr. N. Goodman, “A World of Individuals”, en P. Benacerraf y H. Putnam (eds.), *Philosophy of Mathematics* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1964), p. 207.